

# UNA FIRMA | DOS FIRMAS ES ACCIÓN | SON TRANSACCIÓN

Tercer Encuentro Iberoamericano de Arte, Trabajo y Economía 2014

---

# ÍNDICE

---

## TEXTOS INTRODUCTORIOS

- 9 Una firma es acción, dos firmas son transacción / **Paulina León C.**
- 19 Los propietarios del tiempo, del arte y de la educación / **Luis Camnitzer**

## TENSIONES ENTRE UNA ECONOMÍA CENTRADA EN LAS INDUSTRIAS CREATIVAS Y LA CULTURA LIBRE

- 34 Las Industrias Culturales y Creativas en el marco de la Economía y Cultura / **Marissa Reyes Godínez**
- 51 Economía creativa en Chile / **Leonardo Ordóñez Galaz**
- 64 La Propiedad Intelectual en el COESC+I, condiciones para la generación de industrias culturales / **Santiago Cevallos**
- 71 La propiedad común, entre el estado y el arte / **Pedro Cagigal**

## OTRAS ECONOMÍAS POSIBLES DESDE EL ARTE

- 88 Formas de organización y producción artística en Ecuador, otras economías y sectores estratégicos / **Gabriela Montalvo**
- 103 La Vocación del Lugar / **Alejandro Meitin**

117 Otras economías posibles  
en y desde las prácticas  
experimentales con  
sonido / **Mayra Estévez**

## MEMORIAS DE LAS MESAS DE TRABAJO PARA LA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA DEL MANUAL DE BUENAS PRÁCTICAS PARA LAS ARTES VISUALES EN EL ECUADOR

125 Este manual no es estático,  
no es norma, es posibilidad  
/ **Paola de la Vega Velastegui**

129 Relaciones entre artistas  
y espacios de difusión  
públicos / **Roxana Toloza  
Latorre**

137 Relaciones entre artistas  
y espacios de difusión  
privados / **Valentina Brevi**

142 Prácticas artísticas  
comunitarias / **Anahí Macaroff  
y Alejandro Cevallos**

153 La conciencia transversal de  
la Cultura Libre / **José Luis  
Jácome Guerrero  
y Diego Morales Oñate**

159

**APUNTES FINALES** / **Paulina León C.**

162

**BIOGRAFÍAS**

Una v





---

# LOS PROPIETARIOS DEL TIEMPO, DEL ARTE, Y DE LA EDUCACIÓN

---

Luis Camnitzer

En 1748 Benjamin Franklin proclamó que “Time is money”, que el tiempo es dinero. Obviamente el tiempo ya tenía sus propietarios desde mucho antes, pero entonces los refranes y proverbios eran más poéticos o más hipócritas. “El tiempo es oro” que lo antecedería por lo menos permitía una ambigüedad, indicaba un cierto valor de preciosidad y le daba un aura luminoso. Eso, justamente porque el tiempo no es directamente visible, tenía algo de metáfora e imaginación. “El tiempo es dinero” es una declaración que se llenó de objetividad precisa en la medida que los sistemas económicos se ajustaron a ella.

Me interesa entonces pensar en quiénes poseen el tiempo. Cuando entre 1960 y 1980 la fotografía estuvo íntimamente ligada al arte conceptualista de nuestro continente, ese tiempo había sido usurpado por las dictaduras. Para muchos artistas, los politizados, el problema entonces era no solamente resistir políticamente a la represión, sino también reconquistar el tiempo usurpado. Esa reconquista solamente

se podía lograr en pequeños trozos inconexos y en momentos inesperados y la máquina fotográfica se convirtió en un instrumento ideal. El tiempo utilizado para hacer arte y para permitir su lectura se acertó sensiblemente si se lo compara con el arte tradicional donde se fabrica con artesanías complejas y se exigen períodos largos de contemplación. Apareció el término “urgencia”. El arte tenía que ser urgente, sin el lujo del ocio. Y la urgencia afectó a la estética de su momento en una forma que todavía no ha sido estudiada en profundidad.

La urgencia no tiene nada que ver con el ocio. De hecho, la urgencia ignora la existencia del ocio. Se me ocurre que si, como creo, el ocio y su utilización es parte intrínseca de la estratificación en clases sociales, la urgencia trasciende esa estratificación. No en términos de contenido obviamente, pero sí como condicionamiento del mensaje. Todos tenemos acceso al mensaje urgente, pero no todos tenemos tiempo para la contemplación.

La urgencia se hace mucho más no-

toria cuando se produce dentro de un sistema opresivo y represivo. Entramos con esto en unas condiciones muy distintas a las que nos da el tiempo controlado por un sistema económico en el sentido más restringido. Una de las cosas que hacen los regímenes totalitarios es confiscar el tiempo en lugar de simplemente controlarlo. Al dejar de ser nuestro tiempo para ser propiedad de otro, ya no estamos dentro de los sistemas tradicionales de explotación, esos que por lo menos permiten que algunos tengan un tiempo de ocio privado. Estamos en un sistema que administra todo nuestro tiempo y el tiempo de todos y, con ello, también nuestra forma de comunicarnos y nuestra forma de pensar. La sociedad ya no se divide entre los que tienen dinero y los que no lo tienen, sino entre los que controlan el tiempo y los que tienen el tiempo controlado. Esto no quita que en parte las clases coincidan, pero normalmente los generales no son super-oligarcas, por lo menos no cuando comienzan la represión.

¿Entonces, qué pasa con el arte en esas circunstancias? El arte del y para el ocio parecen perder importancia y despiertan o agudizan otras cosas, la resistencia y la concientización. Éstas ni funcionan en el ocio ni se pueden dar el lujo del ocio. La manifestación artística tiene que adaptarse a un ritmo organizado a los saltos y tiene que ser capaz de salvar los vacíos para que la comunicación parezca continua. La apreciación se hace rápida —escaneada— pero la comunicación tiene

que tener lugar en la forma más efectiva y profunda posible.

Con esta visión del arte urgente se me aclararon cosas obvias para otros pero nuevas o más claras para mí. Que el tiempo es dinero, significa que tiene unidades y que es un objeto comerciable. Represión o no, se plantean los problemas respecto a quién posee el tiempo, de quién lo administra, para qué se usa, de cómo se intercambia, etc. La caricatura de la situación salió a la luz este año cuando CNN difundió la noticia que una empresa de Chicago, la compañía fabricante de grifos WaterSaver, permitía que sus empleados fueran al cuarto de baño durante no más que seis minutos por jornada laboral. En el caso de WaterSaver el miedo parece haber sido causado por un abuso de los teléfonos celulares en la privacidad del retrete. El tiempo utilizado productivamente por el empleado era tiempo improductivo de la empresa, o sea tiempo robado. Recuerdo que hace años alguien me comentó que en lo posible iba al baño solamente cuando estaba en la oficina. Para él era una manera de aumentar su sueldo y esto es lo que le da cierta razón a los dueños de WaterSaver.

Continuando con esta lógica, en el intervalo en que miro una obra de arte como espectador, o que hago una obra de arte como artista que no vende, podría haber ganado una suma determinada de dinero. Puedo calcular entonces si lo que vi o hice realmente vale lo que no gané al no

trabajar durante ese período. Para el caso sería la consideración de si utilizé el tiempo de ocio productivamente o no.

La eliminación total del ocio es contra-productivo, tanto en términos de producción de consumo como de eficiencia en el trabajo explotador. O sea que ni siquiera en el capitalismo oligarca de los Estados Unidos, o del capitalismo feudal de Arabia Saudita, es algo que tiene mucho sentido. Carlos Slim, el capitalista mexicano e individuo más rico del mundo, hace unos meses salió con la sugerencia de que los empleados trabajen solamente tres días a la semana, pero en jornadas de once horas. Los días libres serían para darles tiempo para mejorar su cultura. Desde el punto de vista capitalista esto parece ser una política generosa porque comparado con la tradicional semana de cuarenta horas se pierden siete horas de producción. Pero para compensar las pérdidas, Slim postergaría la jubilación por una quincena de años; distribuyendo las horas perdidas a lo largo de varios años, Slim probablemente gana tiempo y dinero en el proceso. Además, su idea de mejoramiento cultural consiste en aumentar el tiempo de entretenimiento, que es justamente la industria que le da dinero, ya que entre otras cosas Slim es el dueño de un imperio de canales de televisión.

Pero esto del tiempo es más complejo. Está su disponibilidad y su propiedad. La disponibilidad del tiempo está seriamente limitada por el período durante el que se calcula que vamos a

vivir. Llega un momento en que se acaba, así, de golpe. Eso convierte al tiempo en una sustancia (por decirlo así) no solamente limitada sino que, generalmente, también apetecible. A lo largo de la vida la cantidad de libros que podemos leer es limitada: se calcula que está entre unos 1 400 a 2 000 volúmenes. Este dato obliga a seleccionar cuidadosamente qué libros se van a leer y por qué se van a leer. Durante muchos años yo no leía libros de ficción porque no tenía tiempo. O sea que la lectura de libros técnicos era parte del trabajo y la lectura de ficción era parte del ocio. Y el tiempo de ocio, aunque tenía algún tiempo disponible para él, realmente no era tiempo mío. Era una sobra que me dejaba el trabajo y que de cualquier manera yo había decidido que lo tenía que sacrificar en beneficio de ese trabajo. Por lo tanto "mi" ocio, aunque improductivo por definición, seguía siendo controlado por mi patrón.

Las horas de lectura tenían que aplicarse a otros temas relacionados con la profesión, porque en la vida académica hay que poder citar. Si uno no cita profusa y correctamente, no toman en serio lo que uno dice y las opiniones solamente son aceptadas si ya las dijo otro. La importancia de lo leído se refleja en los exámenes académicos por los que uno pasa en las escuelas y universidades. Las instituciones exigen que se pueda repetir lo leído y no importan las ideas que la lectura pudo haber originado. En realidad son esas ideas generadas lo



que debería determinar la utilidad verdadera del esfuerzo, y no la repetición tipo loro que nos piden. Pero la repetición es medible y la creación no. Entonces, con la repetición de lo leído pueden medir la cantidad y el resultado de la inversión institucional del tiempo. El rendimiento creativo del estudiante no importa. Tenemos ahí la diferencia entre la lectura objetiva y la lectura egoísta. La objetiva es la que permite citar. La egoísta es la que nos permite maravillarnos y viajar con la imaginación en base a asociaciones y sugerencias muchas veces no pensadas por el autor.

Una cosa importante en todo esto es que la lectura por placer o la contemplación del arte en nuestra sociedad es una actividad restringida al tiempo de ocio. El público auto-asignado al consumo del arte tiene una cuota de ocio disponible. Esto es una de las razones por las cuales el arte tal como lo conocemos es una actividad típicamente de clase media. Es también una de las razones por las cuales el arte en su mayoría no es capaz de trascender la estratificación social y no logra imponer el socialismo utópico.

Quiero entonces pasar a ver esa parte del tiempo que llamamos ocio. Por alguna razón que no tiene nada que ver con la cultura o con el mejoramiento de los niveles de vida, el tiempo de ocio no es visto como un tiempo creativo sino como un tiempo improductivo. Esta visión significa que el tiempo es administrado por los que dirigen la producción y no por los que producen. Y esto lleva a que cuando

se invierte en el qué hacer durante el tiempo de ocio, se presume que hay que utilizarlo para consumir. Se presume que es el consumo lo que ayuda a la economía, mientras que la creación solamente ayuda a la cultura. Entonces, tenemos que lo que llamamos cultura es una producción dirigida al ocio, y como el ocio no es compartido sino que algunos lo tienen y otros no, terminamos en una cultura dividida en clases sociales y económicas. Es más, se podría afirmar que el arte, tal cual lo concebimos en el día y en el mercado de hoy, reafirma las divisiones de las clases sociales. Una clase entonces se permite calificar a la otra de ignorante, mientras que la otra retribuye con rabia. Y hay que reconocer que con justicia, eso crea problemas incómodos que en lugar de desaparecer se van haciendo más y más agudos.

Como artistas aprisionados en este círculo terminamos produciendo para la gente que tiene tiempo de ocio disponible, y no para la que no lo tiene. La división de las clases sociales se acentúa, no importa que sea lo que estamos diciendo con nuestras retóricas izquierdistas. Al subrayar mensajes narrativos en el contenido de la obra no estamos cambiando nada. Solamente estamos comunicando nuestra opinión, la cual generalmente y con mucha razón a nadie le interesa.

Es aquí que obligadamente tenemos que hablar de la educación y de las estrategias que potencialmente sí pueden afectar a la gente. En estos temas nunca pierdo la oportunidad de men-

cionar a Simón Rodríguez. Durante las primeras décadas del siglo XIX Simón Rodríguez, que fuera el maestro tutor de Simón Bolívar, escribió muchas cosas sobre la educación y la política. Rodríguez era dado al formato aforístico y caligramático, y sus textos eran diagramados cuidadosamente para recrear sus ideas en la mente del lector con un mínimo de pérdida de información. Rodríguez rompió con la diagramación lineal tradicional de los textos y no vaciló en cambiar de tipografía y los tamaños de las letras para afinar lo que quería decir. Quería reproducir su pensamiento en la cabeza del lector, sin pérdida de información. Es por todo esto que lo considero el verdadero padre del arte conceptualista latinoamericano. La frase más citada de Rodríguez es "Si no inventamos, fallamos". En ella acusa la tendencia hacia la derivación y la copia impuesta por el colonialismo. Pero a mí me interesa más otra frase que dice: "La primer tarea de la educación es tratar de los objetos. La segunda es tratar de aquellos que los poseen". Con ella evita la educación tipo torre de marfil, mantiene la integridad del conocimiento, pero lo conecta con la realidad social. En su diagramación Rodríguez representa la integración del tiempo de lectura al espacio que ocupa el texto en la página.

A fines de los 1820 Bolívar mandó a Rodríguez a que fuera a Bolivia para organizar el sistema educacional. Una de sus iniciativas fue la de pagar a las familias pobres el equivalente del trabajo que se perdía al ir los niños a la

escuela. La idea, ya no de una educación gratuita, sino de subsidiar por el "tiempo perdido" en el trabajo de sobrevivencia, hoy solamente existe en Escandinavia. Tenemos nuestros prejuicios al respecto, diría que correctos o por lo menos con el corazón en el lugar que corresponde. Los niños tienen que tener tiempo para jugar y para hacer tonteras, que es una forma de madurar. Pero en términos económicos esto significa más de lo que dice la frase: significa que tenemos que darle a los niños la propiedad del tiempo necesaria para hacer esas cosas e integrar, no solamente agregar, tiempo de ocio con las demás actividades.

Desde el punto de vista de la productividad adulta el tiempo de juego puede ser considerado un lujo. En realidad es un lujo. Incluso las sociedades que critican el trabajo infantil lo consideran un lujo y no lo aceptan con honestidad sino con hipocresía. El trabajo del niño ya está pautado por el puro hecho de mandarlo a la escuela y hacerlo cumplir tareas dentro de un sistema carcelario. Es el sistema que llamamos educación: ayudar controladamente a prepararse para la adultez, a ser personas mejores, y de paso inculcar qué cosa se quiere decir con la palabra al hablar de "mejores". En la realidad, desde el período pre-escolar en adelante, estamos poniendo a los niños a trabajar para nosotros. Les robamos su tiempo para que no molesten, para que sean productivos, o sea para que no sean una carga social. Todo el proceso está diseñado



**El artista tiene la posibilidad, y diría también que el deber, de establecer conexiones inesperadas, de ofrecer ordenamientos alternativos a los convencionales, y de afinar el pensamiento artístico para ser una metodología que sirva para formular y solucionar problemas.**

para que terminen ayudando a que funcione el sistema económico. Y como el sistema económico logra que los muchos trabajen para que se enriquezcan unos pocos, tenemos que la escuela ya está funcionando dentro de la teoría de que el tiempo es dinero y el dinero va a determinadas manos y no a otras. De manera que la niñez para la mayoría de los niños no es un período sagrado dedicado al juego y al descubrimiento. La niñez es un tiempo poseído y controlado por gente que no son precisamente niños y ni siquiera son infantiles.

La primera pregunta aquí entonces es ¿por qué los niños están tan serios y miserables en el salón de clase mientras que, en cambio, se ríen y están contentos afuera durante el recreo? La respuesta más simple es que en la clase están encerrados dentro del tiempo del maestro, mientras que en el recreo están gozando del tiempo propio, o por lo menos del tiempo que creen que es de su propiedad. Es por eso que muchas veces cuando se critican los sistemas escolares se habla del modelo carcelario de la educación.

Un ejemplo clásico es el usado por Michel Foucault, quien en su libro *Vigilar y castigar* usa el panóptico para explicar la ideología institucional. El panóptico fue un modelo para presidios creado por el filósofo británico Jeremy Bentham a fines del siglo XVIII. Tenía la gran ventaja económica de hacerle creer a los presos que estaban siendo vistos y vigilados permanentemente por un guardián. Aun cuando

esto no siempre era cierto, era lo suficientemente impredecible como para hacer que los presos se portaran bien. Por lo menos esa era la teoría. La arquitectura correspondiente se basa en una torre central, conceptualmente un ojo que lo ve todo, desde donde se ejerce la vigilancia. Pero el preso no tiene manera de darse cuenta si la mirada está puesta sobre él o no, o incluso si la mirada existe. Por las dudas presume que sí, y se comporta de acuerdo, con la privacidad abortada. Es esa relación espacial expresando el robo del tiempo la que se transfiere como modelo a otras situaciones. Tenemos entonces el salón de clase con la autoridad detrás del escritorio, o el conferencista de un lado y el público del otro, o los actos impredecibles de una dictadura.

Generalmente cuando se menciona el panóptico se lo hace como un diseño espacial. Pero en realidad esa disposición del espacio solamente formaliza un instrumento del uso y abuso del tiempo. El tiempo del prisionero es administrado por el guardián en la misma forma que la dictadura administra el tiempo de sus ciudadanos. Exige la atención y consciencia constante de ser vigilado y obliga al comportamiento así determinado. El tiempo, su ritmo de fragmentación y calidad, solamente es predecible para el que lo controla. El maestro controla el tiempo dentro del período de clase, el cual a su vez es controlado por la campana que llama al recreo.

La forma de uso del tiempo entonces denota una distribución del poder y

una ideología. De allí podemos extraer adoctrinamiento y entrenamiento por un lado y educación real por otro. Cuando se ejerce adoctrinamiento se puede decir que se comete un fraude pedagógico. No solamente se le roba el tiempo al educando sino que se lo utiliza para meterle en la cabeza ideas empaquetadas de antemano. Esas ideas están diseñadas, no para empoderar sino para tomar la energía del estudiante y ponerla al servicio del poder que funciona en beneficio de los intereses de otros. En arte pasa un poco lo mismo. Si como artista hago una obra con el mero propósito de expresar mi opinión, estoy en el campo del adoctrinamiento, algo bastante patético ya que mi poder de adoctrinamiento es mínimo.

La excusa del adoctrinamiento puede ser la de salvarle el alma al recipiente o la de lograr el bienestar colectivo, no importa. En el sistema educacional son píldoras que se usan para llenar los cerebros después de haberlos vaciado. Es lo que se llama "lavado de cerebros", una técnica que siempre es atribuida al enemigo de turno pero que nunca se examina en la casa propia.

En el caso de la pedagogía del entrenamiento, el asunto es un poco distinto. Muchas veces este proceso es hecho con la participación voluntaria del estudiante, o sea, el estudiante ofrece su tiempo para hacerlo. Claro que eso de voluntario es relativo porque más veces que menos, la elección está determinada por la recompensa de un empleo, la supervivencia, o por un reconocimiento, y no por la satis-

facción producida por el desarrollo personal. Pero técnicamente el proceso del entrenamiento no es tan disímilar al adoctrinamiento. La meta del entrenamiento es la de internalizar lo más posible los aspectos de la tarea a desarrollar, para que luego se puedan ejecutar sin pensar. Es lograr el conocimiento tácito, llegar a un punto en el que ya no se puede describir con palabras el cómo se cumple con una determinada tarea. No podemos explicar cómo subimos una escalera corriendo, cómo hacemos para mantener el equilibrio en la bicicleta, o cómo el que hace la pizza logra que la masa gire por arriba de su cabeza sin que se le caiga encima. El estudiante de esas cosas, de esos oficios, no solamente tiene que entregar su tiempo sino que tiene que entregar todo su ser al punto de olvidarse de su propia persona. Se calcula que se necesitan 10 000 horas para lograr esa internalización, o sea entre cinco y diez años según la cantidad de días por semana y horas diarias, lo cual más o menos coincide con la longitud de los períodos de educación institucional: seis años de primaria, seis de secundaria y seis de terciaria si se llega a la maestría. Lo que esto no toma en cuenta es la motivación. Está probado que los que entran como analfabetos en las escuelas de samba en el Brasil aprenden a leer mucho más rápidamente que en las escuelas. La razón es que necesitan leer para aprender las letras de las canciones y lo hacen a gusto. También se comprobó recientemente que los niños que reciben juegos de video con instrucciones mínimas

pero con manuales en línea, también se alfabetizan rápidamente porque, si no, no pueden jugar eficientemente. En otras palabras, es donde el ocio se integra con la educación cuando ésta funciona mejor.

Supongo que esta parte de internalización tiene algo similar a la meditación. Hay que entregarse, si no se quiebra el flujo. Lo que estoy en contra es que se equipare el entrenamiento con la educación como si fueran sinónimos. Educación significa que el educando mantiene la propiedad consciente de su tiempo y que por lo tanto también mantiene la responsabilidad de cuestionar lo que se está haciendo o lo que se está recibiendo. El educador, por su parte, deja de apropiarse del tiempo de los otros explotando su acumulación de poder como educador. En cambio pide compartir su tiempo con el del estudiante, en cierto modo fusionar ambos tiempos y trabajar dentro de un tiempo de equipo. Y esta política de compartir el tiempo es algo que tiene que comenzar desde la etapa pre-escolar del niño hasta el doctorado y después. Y tiene que incluir todo el campo de las humanidades, un campo que potencialmente podría integrar aspectos del ocio y que parece estar en proceso de extinción.

Las materias que corresponden a las "humanidades" son las que sirven para especular, forman la personalidad, se atribuyen al ocio mal entendido como improductivo, y cada vez más se reservan para las clases sociales pudientes. En cambio, las materias "prácticas" son las que se refieren a

los oficios prácticos y se consideran productivas. Ayudan a ganar el pan diario y forman parte de la pedagogía del entrenamiento. La división entre humanidades y oficios es la que crea toda esa serie de resentimientos entre los intelectuales y los obreros y las dificultades de encontrar los puentes de comunicación. Claro que esta división de clases tampoco es completamente nítida con la cantidad de profesiones terciarias que surgen con la producción de fármacos y armas, tráfico de drogas, administraciones empresariales e inversiones financieras. Éstas son ramas profesionales que redistribuyen dinero, crean oligarquías que afectan las reglas del gusto y la adquisición de arte, pero que mayormente no generan conocimiento.

¿Dónde se ubica el arte en todo esto? Esta es una pregunta casi filosófica. Todo el mundo considera que el arte es una parte esencial de la cultura, que reconocemos a las culturas por su arte, que el arte nos eleva intelectualmente, etc. etc. Luego tenemos que en el día de hoy esto funciona solamente más o menos. Estadísticamente la mayoría de la gente sigue prefiriendo obras que se manejan entre el realismo y el impresionismo, y cuando se salen de allí es para elegir algo que va bien con el sofá. En términos del uso del tiempo, esto se traduce en que el ocio hay que usarlo para la comodidad que nos da lo conocido y no para el desafío. Significa que la persona media no se siente responsable del desarrollo cultural, y que el consumo tiene que ser fácil y

preferiblemente repetitivo. El riesgo y la sorpresa, especialmente los presentados por la violencia, quedan modestamente reservados para los juegos de video. Éstos ya han logrado tal nivel de calidad y refinamiento que hasta los ejércitos se entrenan con ellos antes de ir al campo de batalla. Eso, si es que llegan a tener que ir físicamente y no alcanza con bombardear cómodamente con aviones no tripulados dirigidos desde la pantalla. Y en cuanto al arte, extrañamente a la gente no le importa si la obra es hecha como desplante personal y viaje ególatra, o si está activando a quien la ve. En general lo que le importa a la mayoría es que sea agradable y cómoda.

Hoy día la educación está referida al tiempo monetizado en forma de créditos y la monetización requiere que la inversión sea recuperada con creces. El proceso de monetización es algo que empezó a fines del siglo XIX en los Estados Unidos, cuando se trató calcular la jubilación de los maestros y los profesores en relación al tiempo que utilizaron en su trabajo. Bajo el patrocinio de la Fundación Carnegie se crearon las “unidades Carnegie”. Un par de décadas después, ya en los inicios del siglo XX, descubrieron que esas unidades también podían cuantificar la educación para los estudiantes y, por lo tanto, ponerles un precio de venta. Así las unidades pasaron a ser los “créditos” de hoy. Hoy el sistema está pasando al resto del mundo, en parte por la americanización, en parte por la globalización del mercado. En Europa están los acuerdos de Bolonia

que, aunque no tienen el foco en la venta de unidades, ven a los créditos como una herramienta para asegurar la portabilidad de los estudios y los diplomas. Se puede estudiar en un país sin tener que revalidar los estudios en otro. En América Latina están ambas presiones, la de Estados Unidos y la de Europa. Los acuerdos de Bolonia se promueven a través de Alfa Punte, aunque muchas universidades ya habían adoptado el sistema para coordinar con los Estados Unidos. Lo que interesa también es que la tendencia general, implícita o explícita, es la de enfatizar el “aprendizaje basado en competencias”, que es una manera de dar preferencia a los oficios por encima del aprendizaje abstracto. Es una forma de alejar el ocio y la motivación lo más posible del proceso formativo.

Aparte de esto, hay una dinámica cultural mayoritaria de consumo pasivo y de evitar cuestionamientos que obliguen a reconsideraciones y a la acción. Pienso que la función del arte es corregir esto. Incluso si hablamos del arte contemplativo, en esencia esa contemplación debería lograr una activación y no quedarse en el ensueño. Esa activación necesita que el arte se asuma como un instrumento pedagógico. Tanto el artista como el profesor tienen la opción de demostrarle a la clase o al público cuan inteligente son como individuos o, en cambio, de facilitar en los individuos que integran la clase o el público el entendimiento y desarrollo de su propia inteligencia. En el primer caso estamos robando el

tiempo del educando y usándolo para promovernos. En el segundo caso estamos ayudando al educando a utilizar su propio tiempo para educarse.

El artista tiene la posibilidad, y diría también que el deber, de establecer conexiones inesperadas, de ofrecer ordenamientos alternativos a los convencionales, y de afinar el pensamiento artístico para ser una metodología que sirva para formular y solucionar problemas. Personalmente pienso que es hora que el artista entienda y asuma el hecho de que el arte es una metodología para adquirir, organizar y expandir el conocimiento. En consecuencia también tiene el deber de no monopolizar las posibilidades y de compartirlas con aquellos que se clasifican como “el público”. Es en este sentido que la función del artista es potencialmente pedagógica. Y como el éxito del buen maestro es hacerse innecesario lo antes posible, el éxito del artista debería definirse en también hacerse dispensable lo antes posible. El logro es que los alumnos y el público se capaciten para seguir por sus caminos sin nosotros y sin dependencias. Mientras no logremos eso seguiremos limitados a funcionar como meros intermediarios.

Pero no solamente eso.

Extrañamente los artistas tendemos a pensar más en ese tiempo futuro inasible que se llama posteridad que en el presente que nos rodea. Sobre esa posteridad queremos proyectar nuestra biografía. Por algún motivo no entendemos que el asunto es muy

distinto. No se trata de proyectarnos sobre el tiempo sino al revés. Se trata de proyectar la disponibilidad del tiempo sobre nuestra biografía en la manera que sea más útil para las biografías de los otros. La posteridad no es más que una zona que se encuentra detrás de nuestro cuerpo, y sabemos que las cosas que salen allí no tienen mayor importancia.